

CAPÍTULO LV.

*Expónense diversas razones de consuelo
debidas á nuestra divina Religion.*

Tal es el cúmulo de verdades consolatorias, que nuestra bienhechora Religion enseña en pro de la felicidad del pensamiento, que en una tertulia de muchas personas ilustradas y piadosas, si la conversacion versára sobre esta materia importantísima, cada una de ellas podría emitir una idea distinta y bien fundada, prescindiendo de cuanto llevo hasta ahora indicado. Rodolfo diria: «Yo, señores, estoy en la creencia de que la mayor parte de nuestros pesares proviene de que amando mucho los bienes de la tierra, creemos tener un derecho á su posesion, cuando por el contrario en la ley de gracia, en que ahora felizmente vivimos, el infalible Remunerador de las virtudes no es esto lo que nos promete, reservándonos un premio mas duradero y mas glorioso en la otra vida. Á este propósito compuse para un amigo mio lo siguiente.

¿Por qué tu lengua, Pánfilo, murmura
De la frágil fortuna en los vaivenes?
¿Te ha prometido Dios terrenos bienes?
¿Por qué pues contra Dios se desmesura?
¿No te ha dicho el Señor en la Escritura
Que si en el alma la virtud mantienes,
Coronará de resplandor tus sienas
Allá en la vida que por siempre dura?
¿Cómo pues antes de alcanzar victoria
Quieres que Dios tus gustos satisfaga
Sin aguardar á que entres en su gloria?
Tú que en el cielo esperas el bien sumo,
Á quien no espera tan divina paga
Deja los bienes que son paja y humo.

Teodoro á su vez se expresaria de este modo: «En cuanto á mí estoy persuadido de que nuestro más continuo tormento es pensar en lo futuro, anhelando que todas las cosas rueden á medida de nuestra voluntad, como si fuéramos nosotros los reyes del universo. ¿Qué remedio para este mal? Recitaré unos versos que lo indican muy claramente.

¡En cuánta vanidad y devaneo
Se pierde el hombre que sin fin medita
Lo que será mañana! ¡Ay que le agita
Su fantasía en eternal rodeo!

Inútil é importuno es el empleo
De su mente inflamada, que marchita
Pensando en lo que el mundo necesita
Para amoldarse á su tenaz deseo.

¿Será acaso que añada á su estatura
Por mucho que calcule un dedo solo?
¿Pues por qué condenarse á tal tortura?
¿Por qué toda inquietud no se desecha?
¿Por qué no abandonarse á Dios tan solo,
Si tamaña fatiga no aprovecha?

Bonifacio manifestaria que estaba de acuerdo con el pensamiento de Rodulfo sobre que es un error gravísimo pretender aquí abajo una dicha, que solo hemos de lograr allá en los cielos; y añadiría que en las tribulaciones dá grande conformidad el saber que las merecemos por nuestros pecados, pues en este caso no son una injusticia, siendo evidente que nunca se padece mas que cuando se tiene por injusto el padecimiento.

Y Rodulfo poeta notando que los dos primeros interlocutores habian expresado en verso sus conceptos, y sabiendo que no podia hacerlo su amigo Bonifacio, se brindaria á enunciar las ideas de aquel poéticamente, improvisando así.

¡Soberano Hacedor! ¡Cuán sin motivo
Á tí levanto mi continua queja
Porque á mi tierno corazon aqueja
Mirar tanto espectáculo aflictivo!
¿El premio de mis culpas no recibo
Siempre que tu bondad de mí se aleja
Y en desconsuelo suspirar me deja,
Humillando tal vez mi genio altivo?
¿Esta la mansion es de mi reposo?
¿Este el reino feliz de eterna gloria?
¿Ó el premio aquí de la virtud pusiste?
¿Quiero ceñirme de laurel glorioso
Sin haber conseguido la victoria?
¡Y me quejo, Dios mio, y estoy triste!...

Aplaudiendo los concurrentes la oportuna improvisacion de Rodulfo, y viendo que la conversacion llevaba un aspecto de academia poética, rogarian á Teodoro y Rodulfo que glosáran inmediatamente en verso las ideas que los demás fuesen manifestando acerca de los divinos consuelos que se hallan en nuestra dulce Religion para toda clase de dolores y amargos sentimientos. Aceptarían ellos y se comprometerían á hacerlo. Y Bonifacio, tomando el hilo de su interrumpido discurso, probaria que en todas las cosas de la tierra

hay un gran vacío; por lo cual los que deseándolas con ánsia al fin las consiguen, no satisfacen su anhelo. Y dando á sus palabras un tono algo sentimental, y mostrando que conocia el corazón humano, afirmaria que es una ventaja muy considerable el estar penetrado de la realidad de ese eterno vacío que se halla en todo lo del mundo, pues semejante conocimiento sirve muy mucho, tanto para no experimentar dolorosos chascos, como para no amar demasiado lo transitorio y vano, y no amándolo padecer menos. Insistiria en que las grandiosas verdades de la Religion bien meditadas, desprendiéndonos en cierto modo de las vanidades terrenas, nos ahorran los acerbos disgustos compañeros de los desengaños con que estas pagan á sus amadores; y concluiria con aquello de que solo en Dios se halla la verdadera paz del alma, siendo su amistad santificadora lo único que puede llenar el vacío del corazón del hombre. Rodulfo no se detendria en pronunciar sobre tal pensamiento estos catorce versos.

En el mundo, Señor, es todo espinas:
En la fortuna rueda la inconstancia.

Y en el saber humano la ignorancia;
Hay amistades, pero pocas finas.

Desentrañar el oro de las minas
Es empresa difícil: no hay ganancia
Sin trabajo, inquietud y vigilancia;
Y sobrevienen impensadas ruinas.

¿Y á quien halaga universal consuelo?
Imposible el gozar feliz reposo
Sin elevarse á tu Deidad el alma.

Solo encumbrando mi ferviente vuelo
Hasta tu pecho, celestial Esposo,
El tesoro hallaré de dulce calma.

Eduardo esclavo de la melancolía y de ánimo apocado diria que el amar la Religion ofrece el inconveniente de apesadumbrarse por los contratiempos, que á esta sobrevienen. Mas á semejante observacion replicaria Indalecio que aun para eso hay consuelo y muy grande en la misma vida de la Iglesia católica, porque sus derrotas son triunfos por el santo heroismo de los perseguidos fieles, y que Dios por otra parte cuida de compensar sus pérdidas dándole esclarecidos varones de muy alta sabiduría y admirable virtud. Fijaríanse las miradas en Teodoro como para invitarle á que siguiera el ejemplo del otro vate; y Teodo-

ro, despues de haber reflexionado un instante, exclamaria:

¡Oh Dios, cuántos millares de doctores
Suscitas en tu Iglesia vencedora
Contra la vil falange engañadora
De protervos heréticos errores!

¡Cuán sublimes de ciencia resplandores
No derrama tu luz consoladora
Siempre que del sofisma se deplora
El triunfo conseguido en pecadores!

¡Cuántas de santidad vivas centellas
Difundes en el seno de tu esposa
Si acaso se le apaga alguna de ellas!

Así reparas siempre con usura
Sus pérdidas, y muestras cuán hermosa
Tu amor la quiere y la conserva pura.

Viéndose derrotado Eduardo acudiria á otro tema, diciendo que la piedad hace al cristiano meticoloso, pues le trae siempre pensativo y cavilando sobre la justicia divina. Ildefonso no le dejaria pasar mas adelante, pintándole con viveza los multiplicados motivos de confianza en Dios y de esperanza de alcanzar el cielo, que la misma Religion nos ofrece, como obligándonos en cierto modo á

desechar la tristeza, los vanos temores y la encogida pusilanimidad. Rogaria Teodoro á los circunstantes que le disimulasen, si atendiendo á los conceptos de Ildefonso mas bien que al ornato poético, iba á ponerlos en pobrisimos versos septisílabos.

Pánfilo, no te aflijas
Por tu futura suerte;
No estés alicaído,
Pues salvarte Dios quiere.
Espera en él, confía,
Porque es tu Dios, y puedes
Con plácido abandono
Como á padre volverte,
Y en sus manos divinas
Tu salvacion ponerle.
Arrójate á su pecho,
Seguro que no pierdes
Una gota del llanto
Que compungido viertes;
Pues que no solo escucha
Tu clamor penitente,
Y en el libro de vida
Con su sello indeleble
Lo graba ¡oh dicha dulce!
Mas bondoso te vence
En el anhelo vivo

De que á su gloria llegues.
Ni las pasadas culpas
El pecho desalienten,
Que no en busca del justo
Sino del delincuente,
Dios bajó de los cielos
Y nació en vil pesebre.
¡Oh quién inventaría
Prueba mas elocuente
De que salvarte anhela
Que niño tierno hacerse
El Dios de las batallas,
El Dios terrible y fuerte,
Cuya señal humildes
Los rayos obedecen!
¿Quién el ánsia diría
Que de tu salud tiene,
Si antes de nueve auroras
Verdugo amor le hiere,
Y por tí ya derrama
¡Ay! su sangre inocente?
Á vista de un Dios niño,
Ó Pánfilo, ¿qué temes?
Todo publica, todo
El empeño evidente,
Que en salvarte Dios pone,
Pues así te prefiere
Que en medio al cristianismo

Te hizo nacer alegre
¡Ay! cuando nacen tantos
En países infeas,
Ó en tierras maldecidas
De obstinados herejes.
Santificó el bautismo
Tu bienhadada frente,
Y en su seno la Iglesia
Te nutrió con su leche;
Y en su regazo amante
Próvida te mantiene
Con el pan de los cielos,
Que el ángel no merece;
Con ese pan divino,
Donde se come y bebe
En manjar adorable
Al Dios omnipotente,
Y es prenda de la gloria
Que te abrirá la muerte.
¡Ó Pánfilo del alma!
Gústale, come y bebe
Hecho manjar suave
Al que juzgarte debe;
Y dime si no es justo
Que animoso te alegres,
Y á la torva tristeza
Del corazón ahuyentes.

Emilio levantando la voz mas que los otros, declararia que estaba tan lejos de conformarse con las opiniones de Eduardo, que para él aun las mas terribles y espantosas verdades de la Religion tenian un aspecto halagüeño, y que el mismo infierno con todos sus horrores le inspiraba sentimientos de regocijo al considerar que Dios hasta ahora le habia librado de él, y contaba como segura con una eternidad de infinita gloria, fundado en lo mucho que por él padeció su divino Salvador. Atendiendo Teodoro á sus razones, las compendiaria así.

¿Qué tiene de espantoso
El formidable infierno
Para el justo que piensa
En heredar el cielo?
Los alaridos oye
De furor y despecho
En el profundo abismo
Retumbar á lo lejos;
Y no se turba el gozo
De su tranquilo pecho,
Ni una nube oscurece
De su mente el lucero.
En la apacible noche

No se turba el sosiego
Y la feliz dulzura
De sus dorados sueños.
Mas si por breve instante
Le anubla el pensamiento
La idea aterradora
Del encendido averno,
Y penetra el espanto
En su inocente seno;
Huye desvanecido
Al plácido recuerdo
De que Dios humanado
Murió con mil tormentos
Por la salud del hombre
En salvador madero.
Y en su dichosa calma
Entra el justo de nuevo,
Porque fia en la sangre
Del divino Cordero.
Si al impío estremece
Oír suplicio eterno;
El justo lo contempla
Con semblante sereno;
Medita en lo terrible
De ese castigo inmenso,
Y en su rostro de gloria
Se pinta al vivo luego
En rayos de alegría

Su celestial consuelo.
Y al Redentor bendice
Que le salvó muriendo.
El corazon le late,
Y arde en el santo fuego
De gratitud mirando
El dolor sempiterno
De que librarse espera,
Diyinos mandamientos
Con amor inefable
Solicito cumpliendo.
Y los ojos eleva
Al estrellado cielo,
Y exclama en las delicias
De su alborozo tierno:
«¡Es aquella mi patria,
No es mi patria el inferno!»

Isidoro de carácter dulce y lleno de la mas tierna y exquisita sensibilidad, con suave entonacion de voz y con apacible semblante ligeramente sonrosado por una modesta y pudibunda vergüenza, pidiendo permiso para hablar, prorumpiria en un ¡ay! seguido de sencillas y francas confesiones de los profundos sentimientos que el amor le habia ocasionado, y convendria en que, como ya se

habia dicho, en todo lo humano hay un vacío, asegurando que sabia por experiencia propia que hasta las dulzuras del mundo tienen su acibar. Proclamaria con inocente modestia que solo en Dios no habia hallado disgusto alguno, y que unirse á él y darle el corazon habia sido en sus tribulaciones la celestial medicina de los gravísimos males de su alma dolorida. Tocaria á Rodulfo decir en rimas lo que Isidoro dijera en patética prosa, mientras una elocuente lágrima que humedeciese sus melancólicos ojos haria que otras lágrimas brotáran en otros que le mirasen. Y Rodulfo como estudiando en los labios y en los ojos del amante Isidoro, le sucederia en la palabra, cantando con alguna emocion.

Corazon mio amante,
Amando criaturas te desvives,
Y en anhelo angustiante
Siempre cuitado vives,
Pues en pago de amor penas recibes.
Los mas finos amores
En este mundo burlador se pagan
Con rudos sinsabores,
Y si una vez te halagan,
Mil veces los amores ¡ay! te llagan.

Siempre es tuyo el quebranto,
Siempre tuyo el dolor de quien tú amas:
Por su mal tierno llanto
Compasivo derramas.

¡Crece el dolor cuanto de amor las llamas!

Si á persona querida
Aterradora enfermedad asalta
Y tiemblas por su vida,
El aliento te falta
Y zozobra mortal te sobresalta.

Si el forzoso tributo
Paga tu amado á la sañuda muerte,
Tú te cubres de luto,
Y lástima es el verte
Cómo te abismas en dolor inerte.

Solo Dios el amigo
Que no da que sentir, que no se ausenta,
Que está siempre contigo,
Y su amistad contenta
Á el alma cuanto mas su fuego aumenta.

Tierno corazón mio,
Cariño verdadero en Dios se encuentra,
Nunca hay en él desvío,
Mal ninguno en él entra,
Y toda dicha en él se reconcentra.

Amigo omnipotente
Es nuestro Dios altísimo. Natura
Toda está de él pendiente:

Por él existe y dura,
Y toda de él recibe su hermosura.
¿Y en tu favor y amparo
Qué no podrá este Amigo bondadoso,
Que no se vende caro,
Sino muere amoroso
Por tí puesto en patíbulo afrentoso?

Faltarte jamás puede
De tal Amigo protección sincera,
Pues que nada sucede
Sin que él, causa primera,
Lo disponga ó permita que así fuera.

¡Su amor es entrañable;
Es suya la sublime omnipotencia
Que resistir no es dable,
Divina su clemencia,
É infinita su fúlgida excelencia!....

¿Y son así los hombres
De quienes para duelo te apasionas?
Ni siquiera los nombres
Ante el Dios, que coronas
Te ofrece si leal no le abandonas.

Ámale pues de veras,
Corazón mio, con amor constante.
¡Oh cuán dichoso fueras
Si de hora en adelante
Solo reinára en tí tan dulce Amante!

CAPÍTULO LVI.

Indicanse otras fuentes de consuelo, y se da fin á esta obra.

Los consuelos que la Religion suministra á los que padecen tribulaciones son tantos, que aun tocándolos solo de paso y con la mas rápida concision, no seria posible que cupiesen en un solo volumen. Se hallan en mil y mil libros espirituales y apologeticos, y en particular en las incomparables páginas de la Sagrada Escritura, que con magníficos rasgos y con muy tiernas imágenes nos pintan repetidas veces la bondad del Todopoderoso para con nosotros, que somos sus mas privilegiadas criaturas. Aunque muchos de esos divinos consuelos estén como reunidos en algunas obras, cual por ejemplo en la jugosísima y patética que escribió acerca de los padecimientos del Salvador el P. Tomás de Jesus, cierto es que están esparcidos en innumerables escritos religiosos, donde se hallan como caidos por acaso de la pluma ó mas bien del corazon de sus autores. Ni yo me

propuse decirlos todos, ni era este el objeto de mi tarea sobre la felicidad del pensamiento, en la cual se han introducido algunos solo porque era preciso mostrar esa fuente de sublime dicha para que en las horas de afliccion la mente anohecida buscára en ella raudales de luz, de vida y dulcedumbre. Y nada he dicho de la inefable consolacion, que ofrece á las almas amantes suyas el bellissimo y endiosador misterio de la adorable Eucaristía, pues solo para esto se requería un extenso tratado, si no se habia de dar una idea incompleta de ese abismo de maravillas todas altísimamente consolatorias. Y nada he dicho de la inmortalidad de los consuelos de la Religion, que mientras los males de esta vida se disipan y desvanecen, jamás ellos se merman, jamás dejan de existir con toda la plenitud de su gloria y dulzura, pues nunca nos faltará el príncipe del cielo nuestro custodio, ni la Reina de las celestiales gerarquías nuestra amorosa madre, ni el delicioso y sobrehumano manjar de nuestros altares, que es el vivificante pan de nuestras almas, ni la divina Providencia, en quien está nuestra esperanza, ni Dios, que es nuestro cariñoso pa-

dre. Y nada he dicho de esa augusta grandeza del cristiano, que sabe que la gracia que ha de darle la gloria eterna, vale mas, infinitamente mas que las riquezas, que los honores, que las pompas del mundo, que el poderío y el mando, y que está seguro de que en medio de los mas atroces y espantosos infortunios puede conservar ese tesoro de infinito precio, que solamente se pierde por el pecado, el cual es un acto libre de la voluntad. Y nada he dicho de la interna satisfaccion enaltecedora con que su inocencia consuela al hombre justo de limpio corazon.

Parece que espontáneamente brotan los regocijadores consuelos de la Religion en la mente, que amándola la medita; y no pocas veces me he complacido en expresarlos en mis composiciones poéticas, no habiendo incluido todas las que tienen algo de solaz en esta obra por evitar reproducciones, pues de esta clase se hallan varias en mis *Poetas Sagradas*.

Llevo manifestado que la verdadera felicidad por completo no se halla debajo del sol; así pues no será mi libro capaz de darla; pero si con estas indicaciones lograra contri-

buir á que por medio del interior gobierno de su mente alguien alcanzase la posible felicidad del pensamiento, aunque fuera por breve tiempo, llevaria con paciencia las imperfecciones que en mi obra se noten y que censuro yo mismo.

FIN.